



"Cuentos con Ciencia. Los cuentos de siempre con tonada cordobesa" es una recopilación de cuatro historias tradicionales reversionadas. Aquí, las aventuras tantas veces escuchadas cambian su rumbo para adquirir un color local a la vez que nos hablan acerca de las investigaciones científicas que se llevan a cabo en los institutos de CONICET en Córdoba.



Cuentos con Ciencia

Los cuentos de siempre... con tonada cordobesa

Mariela López Cordero & Jeremías Di Pietro


VocAr
 Programa de Promoción de Vocaciones Científicas del CONICET

CONICET

 CÓRDOBA

ISBN 978-950-692-112-5

CONICET
 Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas

Cuentos con Ciencia

Los cuentos de siempre...
... con tonada cordobesa.

Textos de

Mariela López Cordero

&

Ilustraciones de

Jeremías Di Pietro

López Cordero, Mariela

Cuentos con ciencia : los cuentos de siempre... con tonada cordobesa / Mariela López Cordero ; adaptado por Jeremías Ezequiel Di Pietro. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : CONICET - Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas , 2014.
E-Book.

ISBN 978-950-692-112-5

1. Narrativa Argentina. 2. Cuentos. I. Di Pietro, Jeremías Ezequiel, adapt. II. Título
CDD A863

Fecha de catalogación: 25/07/2014

© de esta edición.

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET)
Avenida Rivadavia 1917 (C1033AAJ)
Ciudad Autónoma de Buenos Aires - República Argentina
Tel. +54 11 59831420
info@conicet.gov.ar
www.conicet.gov.ar

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723
Impreso en Argentina

No se permite la reproducción total o parcial, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Este libro fue auspiciado por el Programa de Promoción de Vocaciones Científicas (VocAR) perteneciente a la Dirección de Relaciones Institucionales del CONICET.
Se terminó de imprimir en junio de 2014 en: Imprenta CONICET.
Este libro puede ser descargado en formato PDF desde www.conicet.gov.ar/vocar.

“Un científico en su laboratorio no es un mero técnico. es también un niño confrontando fenómenos naturales que lo impresionan como si fueran cuentos de hadas.”

Marie Curie

Agradecimientos

Queremos agradecer en primer lugar a todos los asesores científicos que nos ayudaron a conocer y comprender mejor las investigaciones que tienen lugar en Córdoba, dando lugar a estos nuevos mundos:

• **Carlitos y las Habichuelas Mágicas:**

Instituto Multidisciplinario de Biología Vegetal
(IMBIV, CONICET – UNC)

Leonardo Galetto, Investigador Principal de CONICET y
Fabiana Castellarini, Investigadora Adjunta de CONICET

• **La Otra Cenicienta:**

Instituto de Investigaciones en Físico–Química de Córdoba
(INFIQC, CONICET – UNC)

Liliana Jimenez y Natalia Pacioni,
Investigadoras Asistentes de CONICET

• **Capuchita Roja:**

Instituto de Diversidad y Ecología Animal
(IDEA, CONICET – UNC)

Fernando Barri y Gabriela Cardozo, Investigadores Asistentes de CONICET; Mario Cabrera y Laura Bellis, Investigadores Adjuntos de CONICET; Sergio Naretto, Cecilia Blengini e Imanol Cabaña, Bacarios Doctorales de CONICET; Julián Lescano, Becario Posdoctoral de CONICET y Margarita Chiaraviglio y Gerardo Leynaud, investigadores en el IDEA.

Queremos también expresar nuestro agradecimiento a Cecilia Wedemeyer, responsable de Relaciones Institucionales del CCT – CONICET Córdoba, y a Mario Migliorati, Director de Relaciones Institucionales de CONICET, por haber confiado en nosotros y apoyar esta iniciativa desde un primer momento. Finalmente al Dr. José Luis Bocco, Director del CCT – CONICET Córdoba por aceptar formar parte de este proyecto.

Prólogo

La difusión de los hallazgos científicos a la comunidad en general nunca fue tarea sencilla. Por el contrario, a menudo se piensa que sólo basta con simplificar el lenguaje para que el público logre entender los avances de la ciencia sin que suene como algo extraño o abstracto. Simplificar no es suficiente y menos aún sinónimo de difundir la esencia de los resultados científicos en toda su dimensión, conservando su rigor y claridad conceptual.

Un aspecto de singular importancia en esta compleja tarea de difundir actividades científicas es si el público receptor se refiere a niños, jóvenes o adultos. Transmitir conceptos complejos a niños se convierte en un verdadero desafío, pero a su vez la niñez es la etapa de la vida dotada de la mayor capacidad de aprendizaje, verdadero tesoro del ser humano.

La autora de esta obra literaria para niños logra con magistral capacidad sembrar la semilla de la imaginación en el terreno fértil de las mentes infantiles que les permite conocer a través del relato atrapante de cuentos clásicos, las actividades que se realizan en diferentes institutos de investigación científica del CONICET, con sede en Córdoba.

La obra literaria se basa en 4 cuentos que marcaron nuestra infancia, Caperucita Roja, Los Tres Chanchitos, Juanito y las Habichuelas Mágicas y La Cenicienta. Arte de por medio de la autora, estas clásicas historias fueron adaptadas con singular belleza y armonía a la geografía, flora, fauna, costumbres y cultura propias de Córdoba. Estas historias se convierten en su versión cordobesa en Capuchita, Carlitos, Los Tres Chancitos Cordobeses y La Otra Cenicienta que refieren a tareas de

investigación de los siguientes Institutos de Investigación del CONICET: IDEA, IMBIV, CEVE e INFIQC, respectivamente.¹

La riqueza del texto se conjuga con ilustraciones de alta calidad creativa para admiración de grandes y niños durante la lectura, al momento que esas imágenes, sin dudas serán el estímulo inicial para desencadenar la imaginación de los más pequeños. El resultado final logrado con cada uno de estos cuentos se asemeja a un arreglo musical muy bien logrado de una partitura clásica cuyos acordes suenan atrapantes para que tanto padres como hijos disfruten del singular momento de la lectura, incorporando conocimientos del quehacer científico del CONICET en Córdoba y porque no, despertando tempranas vocaciones para futuros “detectives” que traten de descubrir lo que la naturaleza esconde.

Es una apertura al mundo científico para niños lograda con genio e imaginación para que lo disfruten en familia, que llega a través del Programa de Promoción de Vocaciones Científicas (VocAr) de CONICET.

Dr. José Luis Bocco
Investigador Principal de CONICET
Director del CCT, CONICET Córdoba

IDEA: Instituto de Diversidad y Ecología Animal (CONICET – UNC)
IMBIV: Instituto Multidisciplinario de Biología Vegetal (CONICET – UNC)
CEVE: Centro Experimental de la Vivienda Económica (CONICET – AVE)
INFIQC: Instituto de Investigaciones en Físico-Química de Córdoba
(CONICET – UNC)

Índice

Introducción.....	15
Carlitos y las Habichuelas Mágicas.....	19
Los Tres Chanchitos Cordobeses.....	31
La Otra Cenicienta.....	41
Capuchita Roja.....	51
Sobre los Autores.....	65

Introducción

LOS CUENTOS DE SIEMPRE Y LOS OTROS.

Desde pequeñita me han fascinado los cuentos, ¡son lo mejor del mundo! Me encantaba como entre sueños se mezclaban en mis pelos y en los copos de la almohada todas las cosas extraordinarias que narran. Ese era para mí el mejor regalo: la puerta a la fantasía. Me hubiese gustado ser escritora, pero mi verdadero talento está en otro lado...

Yo soy detective... pero no investigo cualquier cosa, sólo las cosas más bellas, aquellas que hacen la vida más dulce. Investigaciones muy importantes han estado a mi cargo. Como por ejemplo: ¿A dónde van todos los dientes que se lleva el ratón Perez? Porque son muchos años juntando muelas, dientes y colmillos... los de mis papás, mis abuelos, mis bisabuelos, mis tatarabuelos... y así. Para eso tuve que viajar al centro de la tierra, recorrer los caminos más oscuros y hasta entrevistarme con Papá Noel, que conoce a este ratoncito desde hace mucho tiempo. Pero sin dudas mi investigación más importante fue acerca de mis cuentos favoritos. Lo más sorprendente, fue descubrir que en Córdoba ocurrieron historias muy parecidas. Por ejemplo los "Hansel y Gretel" de Córdoba se llamaban Tomás y Martina; nuestro "Gato con Botas" andaba por todos lados diciendo que su dueño era la Mona Jimenez y este "Patito Feo" vivía en el Río Suquía, cerca de la cancha de Belgrano, comiendo las tutucas que le tiraban los nenes en la isla de los patos.

Los Tres Chanchitos: Primero, ¡nada de chanchitos! Había un chancho sí, que venía de Italia. Porque en Córdoba no había chanchos antes, los trajeron de Europa. Los de acá son pecaríes y ellos construyeron la casa. Pero el lobo que soplaba era un

puma, que en el bosque serrano y en las sierras grandes hay por montones. En cambio lobos no hay acá.

¿Y la Cenicienta? Bueno, todo distinto. Ni hada madrina, ni calabaza, ni zapatito de cristal... Cenicienta era una chica cordobesa muy inteligente y no le hizo falta nada de eso. Ella solita pensaba como solucionar sus problemas y ponía manos a la obra.

Juanito y las habichuelas... se trata de un nene que planta unas semillas y crece una planta hasta el cielo donde vive un gigante ¡Qué cosa rara! ¿Un gigante? ¿Que vive en las nubes? ¿Y no se cae? El nene que vivía en Córdoba con su familia se llamaba Carlitos, no Juanito... Ellos también eran muy pobres y ningún hechizo pudo ayudarlos. No había un gigante con oro y nada robaron para ser felices. La mamá de Carlitos y todos sus amigos fueron más que suficiente. Pero ya lo van a leer con sus propios ojos.

Y por último, la Caperucita Roja... Acá había una nena llamada Capuchita Roja. Ella y su abuelita también tuvieron muchos problemas en el bosque... pero ¡no con el lobo! ¡Qué lobo si acá, en Córdoba, los lobos no existen! Este fue un zorro muy malvado...


Todas estas historias ocurrieron en Córdoba, con nuestros chanchos del monte, lagartos y yaras. Con nuestras aves y nuestra gente. La magia... viene de nosotros que la inventamos para llevar una vida más hermosa. Los magos más grandes de todos son los científicos que todo el tiempo piensan soluciones impensadas, prestan atención a cosas que nadie ve y fabrican las pócimas más originales, y también son cordobeses. Y los aprendices de magos más talentosos son ustedes, los niños, ¡con su inmensa capacidad de soñar!

Pero bueno, no les cuento más nada, mejor, les dejo este libro donde se narran todas las historias llenas de magia que ocurrieron acá y que todavía siguen ocurriendo... “Cuentos con Ciencia. Los cuentos de siempre con tonada Cordobesa”

Carlitos y las Habichuelas Mágicas

Había una vez una familia que vivía muy feliz en un pueblito de Ischilín, en el norte cordobés. Como todos los habitantes de la zona criaban vacas y cabras, cuidaban de su huerta y recolectaban los higos de sus árboles. De los frutos de sus tierras podían comer todos en abundancia y, además, les sobraba para compartir y vender entre sus vecinos.

Sin embargo, un año la lluvia no cayó como esperaban y al siguiente, la tierra ya estaba seca, resquebrajándose en anchas grietas. Con la pérdida de los árboles del bosque el suelo ya no podía retener la humedad y las pocas gotas que caían se escurrían como entre los dedos. Tampoco la próxima temporada el cielo les regaló la vida que trae consigo el agua, ni la que le siguió.



Los arroyos se secaron, las huertas y pasturas para los animales se transformaron en un desierto de desolación, de donde ninguna planta podía nacer. La comida ya no alcanzaba y el papá tuvo que irse a trabajar a una lejana ciudad.

Carlitos era el mayor de los cuatro hermanos que quedaron al cuidado de su madre, Elena. Entre todos se las arreglaban para subsistir a duras penas y mientras la mujer ordeñaba la única cabra que les quedaba y cuidaba del ternero, los pequeños se encargaban de juntar tunas para hacer arrope y venderlo por monedas a los escasos viajeros que cruzaban por el poblado.

Tan grave era la situación que un día la madre de Carlitos lo mandó a la feria que se hacía en la fiesta patronal de Deán Funes, la capital de Ischilín, para vender el ternero y comprar algo de comida a cambio.

En el camino, el niño se cruzó con un hombre misterioso, con un alto sombrero y unos tremendos bigotes que flotaban por debajo de la nariz, elevándose hacia los costados en dos rulos espiralados, que terminaban mucho más allá de sus escuálidas mejillas.





- Aló caballerrro, que esssplendida tarrrrde nos reúne en esta soleada tierrrrra! Qué hace porrrr aquí, paseando a ese pobrrrrrrrrre y flaco animal?

- Lo estoy llevando a la feria de Deán Funes, para venderlo o cambiarlo por comida. Pero yo no lo veo tan flaco... - acotó Carlitos, despistado por lo extraño de este ser que hablaba sin boca y se estiraba hasta las copas de los Algarrobos más altos.

- Oh, nonono, que terrrrrrible idea mi querrrrido. Cuántos peniques crrrrrrrrrrrrees que podrrrrran darrrrte esos rufianes porrr ese montón de huesos y cuerrrrro? A un niño le han dado dos tirrrrrras de pan a cambio de trrrrrres terrrrneros. Bueno, bueno, perrrrrrro no te pongas trrrriste, déja que vea qué tengo por aquí... - y empezó a sacar de su maletín los objetos más raros que jamás se hayan visto por aquellos pagos: con luces, con cuerda, con alas, con antenas ¡¡y hasta invisibles!!- Aquí están picarrrrrrrrrrronas!!- dijo estirando su mano y exhibiendo una bolsita multicolor.





-¿Qué es eso?- preguntó Carlitos desilusionado.

-¿Que qué es esto?! Esto es la solución a todos tus prrrrrrrrrroblemas. Son habichuelas mágicas, de las que crece una planta que llega en un día hasta donde otrrrras plantas demoran siglos ¡De ella puede alimentarrrrse un ejérrrrrcito hambrrrrriento!

- ¡¡Acepto, acepto!!- Gritó Carlitos mirando todavía embobado el cielo, hacia donde apuntaba el eterno brazo del comerciante. El niño agarró la bolsa, depositó en su lugar la sogá que ataba por el cuello al animal y cuando iba a comenzar a correr, el extranjero lo detuvo.

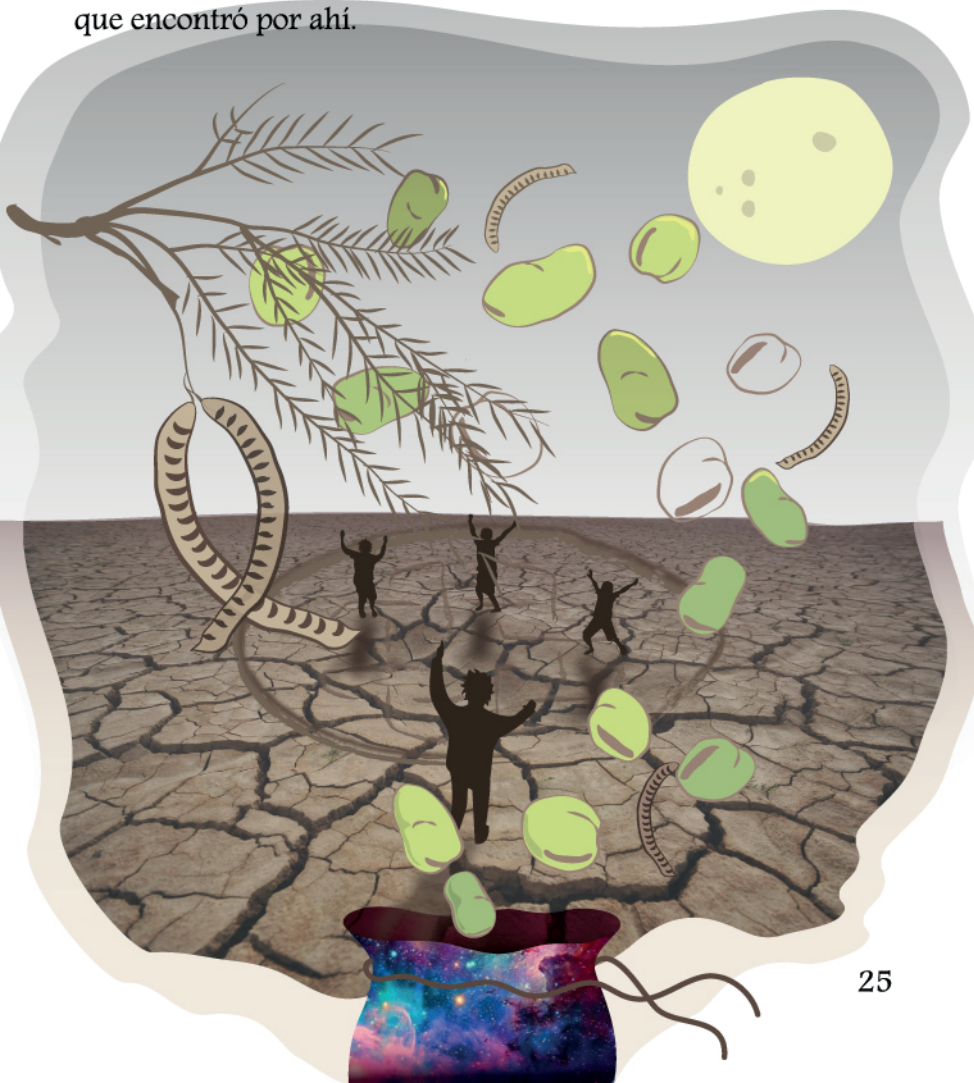
- ¡Alto chiquillo! Para que este conjurrrrro tenga su efecto debes sembrarrrrlas una noche de luna llena, haciendo este dibujo en la tierrrrrrra y rrrrrepitiendo estas palabrrrrras-completó estirando un papel entre sus huesudos dedos

Cuando llegó a su casa lo esperaban muy animados su mamá y sus hermanitos, esperando ver qué había conseguido en el mercado. Imitando el acento y los ademanes del bigotudo, les dijo:

-¡¡Atención señorrrrras y señorrrrres!! Traigo aquí, en esta maravillosa bolsita la solución a todos nuestros prrrrrrrrrroblemas, ¡papá podrá volver a casa y todo será como antes! Cambié ese inútil animal por... ¡¡¡¡CHARÁN!!!! ¡Habichuelas mágicas!

Los hermanitos de Carlitos lo rodearon riendo y dando saltos para poder ver el tesoro. El hermano mayor, gordo de orgullo y viendo la admiración que provocaba todo esto en los pequeños, no alcanzó a ver la tristeza de la madre que se alejó y siguió con sus tareas sin decir palabra.

Justamente esa noche, la luna llena los esperaba vestida de gala. En el centro del círculo formado por la mamá y los pequeños, bailando al son de cantos en lenguas inventadas, Carlitos, dijo las palabras mágicas, copió detalladamente la figura y repartió las semillas según lo indicado. Agregó, además, como para poner un poco de tono local a la ceremonia, algunas semillas de peperina, incayuyo, palo verde y algarrobo que encontró por ahí.





Los días pasaron sin tregua, uno tras otro, con la chatura de la planicie que los rodeaba, sin que asomara la más pequeña hojita de la tierra agrietada. La madre, lejos de apenarse por esta situación, decidió tomar cartas en el asunto: nadie podría robarles la ilusión a sus pequeños, esa planta crecería, más alta que ninguna, pasara lo que pasara. Elena empezó a pensar en cuál era el problema. Según ella recordaba, cuando niña, la vegetación crecía por todas partes, sin necesidad de pases mágicos. Igual que ocurría ahora en algunas zonas, un poco alejadas del paraje donde vivían.

A la mañana siguiente, antes de que los rayos del sol comenzaran a escurrirse por las ventanas, la mujer salió a dar un paseo hacia donde se arremolinaban olivos, duraznos, melones y granadas. Se proponía ver, con sus propios ojos, cuál era la razón de que, a pocos kilómetros, esos suelos fueran tan prósperos. Descubrió, con asombro, que el secreto estaba en algo que ellos habían olvidado proteger. Junto a las parcelas con cultivos, los dueños de los campos florecientes atesoraban parcelas con bosques y que canales con agua de los diques y pozos llevaban el preciado líquido a todo el territorio. Concluyó, esperanzada, que los canales que iban hasta su casa podrían ofrecer alguna salida. Fue así como Elena y algunos vecinos repararon en una sola tarde las grietas por los que se escapaban miles de litros de agua que venían desde el dique.





Esa noche volvió exhausta a su casa y, luego de preparar la cena, cayó rendida en su duro colchón. Podría haber dormido una semana entera si no fuera por los gritos de alegría y la multitud de bracitos eufóricos que la arrastraron hasta la ventana. Todavía atontada por el sueño, Elena no daba crédito a lo que veían sus ojos. La voz de Carlitos la trajo a la realidad. –Mirá mamá, ¡la magia funcionó!, no sólo creció nuestra planta, sino que todo está cubierto de verde. ¡¡¡Magia mami, magia!!!

Con el correr de los días, la planta misteriosa creció y creció hasta perder sus últimas ramas más allá de las nubes. También las otras semillas comenzaron a sacar sus verdes brazos entre la tierra húmeda. Los algarrobos y palos verdes, esos árboles que habían estado allí desde siempre, pero que ahora reverdecían y se multiplicaban, se amigaron para nutrir el suelo y formar pequeños bosquecitos que ahuyentaban el desierto. Del palo verde obtuvieron un líquido con el que hicieron goma brea y fabricaron alimentos, pinturas y pegamentos. Los grandes algarrobos sirvieron de alimento y sombra para los animales, y también para hacer una exquisita torta con el fruto –llamada patay– y chicha para brindar por el regreso de la prosperidad a los vecinos de la región.





La peperina y el incayuyo volvieron a colarse entre los mates y los tecitos para aliviar los dolores de panza. Pero además, este nuevo panorama, atrajo a miles de aves e insectos que vivían en los bosques cercanos y que, buscando alimento y refugio, llevaban semillas de aquí, para ponerlas allá, de ida y de vuelta, haciendo que cada vez más y más flores, árboles y hierbas vistieran de arcoíris el lugar.

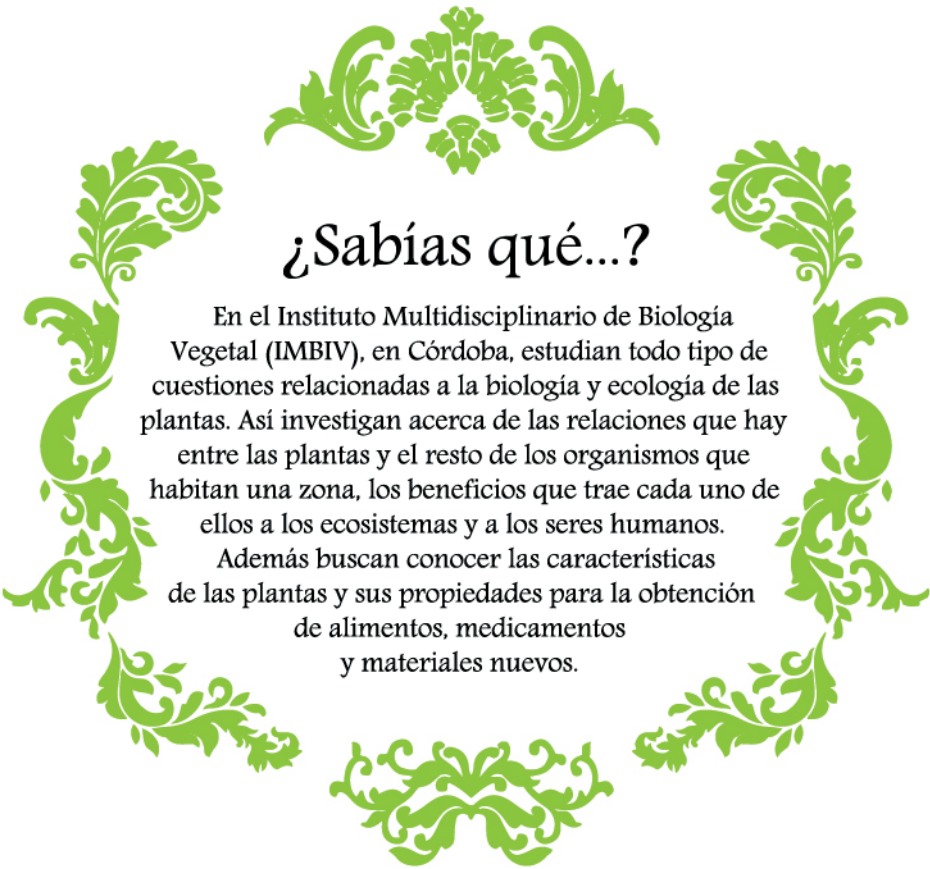
Una tarde Carlitos recordó el cuento de “Juanito y las habichuelas mágicas” y de todas las cosas que pudo robar el pequeño del cuento al gigante que vivía en su reino, allá arriba. Pensó entonces en subir, subir alto y ver qué cosas maravillosas encontraba. Justo en el momento en que preparaba unas sogas para ayudarse, vio a su mamá y sus hermanitos, trabajando en la huerta, felices, hablando de la pronta vuelta del papá al hogar. En ese momento se dio cuenta que todo aquello no le hacía falta.



-¿Qué haces Carlitos?, ¿En que anda esa cabecita soñadora?
-En nada mamá, pensaba que soy muy feliz por tener el mayor tesoro de todos, mi familia y mi tierra.

Elena abrazó a sus hijos que reían a coro, sabiendo que en adelante, todo sería tan fabuloso como en un cuento de hadas.



A decorative border made of green, stylized floral and leaf motifs surrounds the text. The border is symmetrical, with a central floral element at the top and bottom, and leafy flourishes on the sides.

¿Sabías qué...?

En el Instituto Multidisciplinario de Biología Vegetal (IMBIV), en Córdoba, estudian todo tipo de cuestiones relacionadas a la biología y ecología de las plantas. Así investigan acerca de las relaciones que hay entre las plantas y el resto de los organismos que habitan una zona, los beneficios que trae cada uno de ellos a los ecosistemas y a los seres humanos.

Además buscan conocer las características de las plantas y sus propiedades para la obtención de alimentos, medicamentos y materiales nuevos.

Los Tres Chanchitos Cordobeses

Hace muy pero muy poquito tiempo, en un lugar muy cercano en las Sierras Cordobesas, vivían en paz y armonía miles de animales, plantas y personas. Sin embargo, poco a poco, todo comenzó a cambiar. Los humanos eran cada vez más y, año tras año, más familias los visitaban para vacacionar y disfrutar de sus ríos y montañas. Sin embargo, y por mucho que les gustara recibir huéspedes, lentamente el paisaje se fue arruinando, llenándose de casas, edificios, autos y basura, poniendo en peligro el hogar de todas las criaturas del bosque. Justamente ese era el motivo de la reunión que los ocupaba el día que comenzó esta historia.

Formando una gran ronda, cada uno, escuchaba atentamente a Lucha la Lechuza.

– Compañeros y compañeras, estamos aquí reunidos para buscar una solución urgente a nuestros problemas de vivienda. Los humanos están avanzando cada vez más, talando los algarrobos, chañares y talas para construir casas y calles. Están ensuciando los ríos y el suelo, haciendo ruido y transformando todo. En poco tiempo ya no podremos vivir aquí. no tendremos comida, agua, ni casa. Tenemos que mudarnos e internarnos en las profundidades del monte.

¡El revuelo que se armó!

– Pero, ¿Cómo vamos a ir al monte? – alcanzó a decir la Rana Renata antes de desmayarse.

– Rodriguez, el puma, nos tiene prohibido meternos en su territorio ¡nos va a comer a todos! – gritó la Paloma mensajera mientras agitaba sus alas con desesperación.

– ¡Silencio, silencioooo!– pidió la Lechuza Lucha– Es por eso que estamos reunidos hoy. Como no podremos vivir más aquí, no nos queda más remedio que mudarnos, pero, para no quedar indefensos ante el puma, necesitamos planear una estrategia. Lo que debemos hacer es construir una gran casa donde podamos vivir todos juntos, sin que el puma pueda hacernos daño...

Y, antes de que la Lechuza pudiera terminar su discurso, todos comenzaron a hablar a la vez, batiendo sus alas, trepando árboles, corriendo en círculos, saltando y dando tumbas carneras.





- Tranquili, io me encargo...- dijo el arquitecto Piero, el Chanco que, aunque había nacido en Italia, hacía tanto tiempo que vivía en las Sierras que ya nadie recordaría de donde venía, si no fuera por su graciosa manera de hablar.

- No, no, mejor déjenme a mí - interrumpió Pedro, el Chanco del monte albañil, que era muy parecido a Piero pero con colmillos más cortos y rectos

- Bueno, lo que podemos hacer, entonces, es un concurso. -dijo Lucha- Cada uno traiga para mañana una propuesta y ¡que gane el mejor!

Gritos de aceptación recorrieron las Sierras, pero justo antes de que el grupo se dispersara, tomó la palabra Margarita, la callada y estudiosa Chanchita del monte.

- ¡Esperen! Tengo otra idea, ¿qué les parece si, en vez de competir, nos juntamos y planeamos entre todos una estrategia para hacerle frente al puma?



Un profundo silencio recorrió el grupo y, justo cuando Margarita estaba a punto de arrepentirse de haber hablado, la multitud estalló en un festejo.

- ¡Que así sea!- concluyó contenta Lucha- ¡Nos vemos mañana bien temprano, Compañeros!

Al día siguiente, cuando el sol aún estaba desperezándose en el horizonte, el Gallo Quique comenzó a despertar a todos

- ¡Qui-quiri-qui! ¿Qui-quiri-quieren que nos coman a todos? Arriba, ¡a trabajar se ha dicho!

Uno a uno fueron llegando y rápidamente pusieron manos a la obra. Entre mates con peperina y tortas fritas, los animales pusieron todas sus habilidades y conocimientos a disposición para resolver tan difícil empresa.

- Bueno Bambini, io traje todo pensado, vamos a hacer una casa bien grande, con materiales de construcción fuertes y durables, con techos altos, como para que entre una jirafa, y de vidrio para que pase el sol. Con grandes columnas de mármol, ventanales de vitreaux (esas ventanas grandes, con vidrios de color, que forman dibujos)... - Y así siguió describiendo la casa que había diseñado el Chanco Piero.

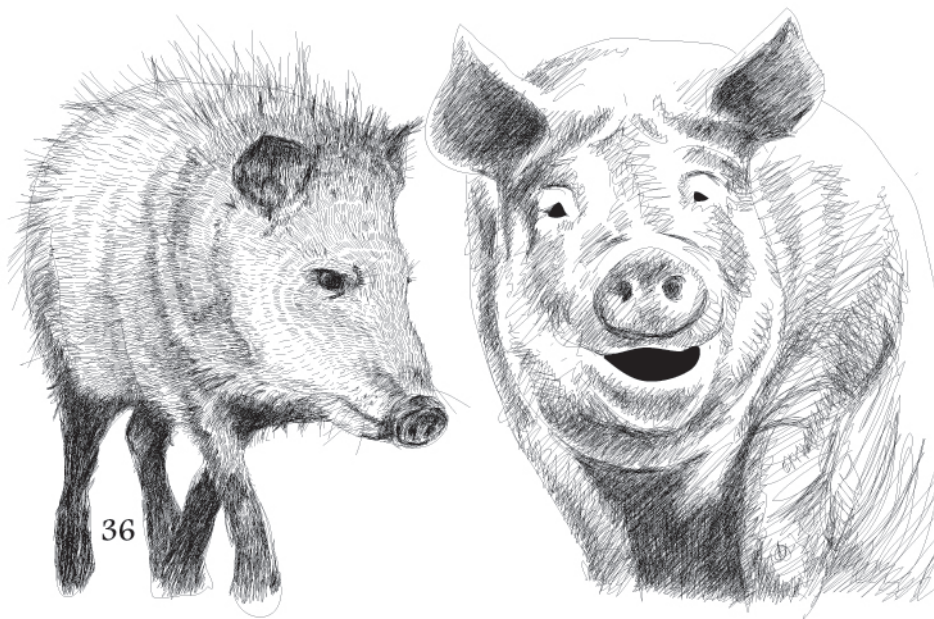
Todos escuchaban atentamente tratando de imaginar cómo podía ser ese mamotreto, con tantas cosas que nunca habían visto, pero que, según Piero, eran muy usadas en Europa.

El entusiasmo general, sin embargo, no contagió a Pedro.

- Disculpe arquitecto, muy linda la idea, pero, con todo respeto, acá no tenemos jirafas y ninguno de nosotros es tan alto como para hacer esos techos que usted dice, además, si son de vidrio, nos vamos a derretir en verano y en invierno vamos a amanecer todos congelados. En las Sierras no tenemos mármol y ninguno de nosotros sabe hacer los 'vitro'. Propongo que hagamos algo rapidito, con las piedras y la madera que encontremos por acá, algunas ramitas y listo...

Comenzaron a parlotear todos juntos, a favor y en contra de uno y otro; tratando de ver qué tenía de bueno y de malo cada idea, cuando intervino Margarita, que había estado muy callada hasta el momento:

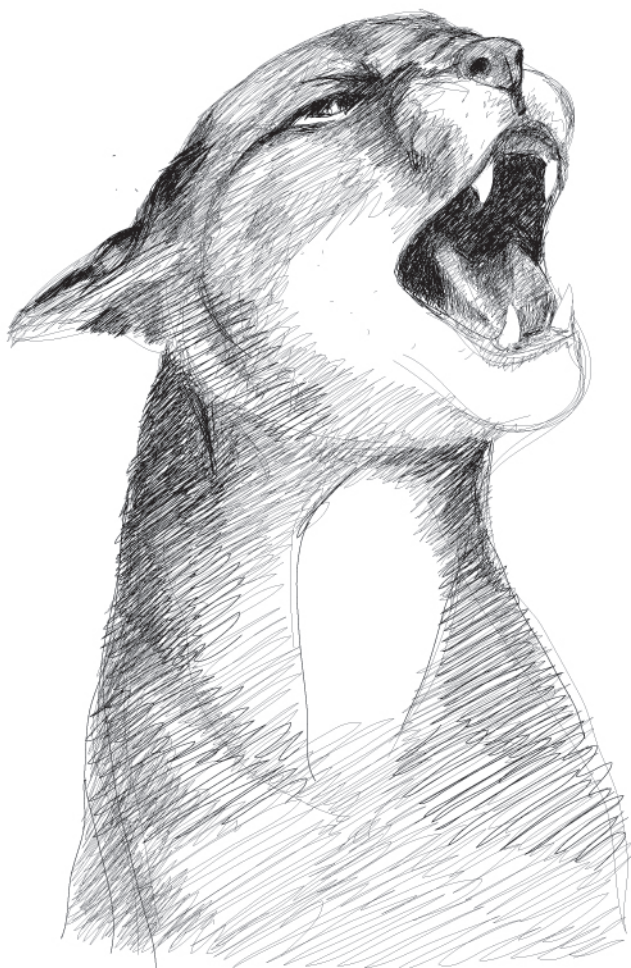
- Me parece que en las dos propuesta hay cosas para usar y otras para mejorar. Tenemos que tener en cuenta que somos



muchos y todos necesitamos cosas distintas. Yudith la Yará, es una víbora pequeña, pero si se asusta muere, por lo tanto habría que encontrarle un rinconcito cómodo y apartado donde se sienta segura y no pique a nadie. Armando el Armadillo odia los charangos porque muchos amigos han sido casados para construir esos instrumentos con sus caparazones, por lo tanto no va a hacer mucho ruido. Sin embargo disfruta mucho de cavar agujeros en la tierra para buscar insectos y, además, duerme de día y de noche está muy activo; o sea que lo mejor sería ponerlo al fondo, bien lejos del cuis que duerme de noche y de día tiene muchas tareas. Paco, el Loro Barranquero, vive en cuevas que construye en barrancos para poder poner sus huevos, entonces podríamos hacer la casa contra una pared de un material que le permita ubicar su familia. Las Reinas Mora, que viven en pareja...

Uno a uno fue describiendo Margarita los hábitos y costumbres de sus vecinos serranos, teniendo en cuenta lo que cada uno sabía hacer, para colaborar con la construcción de la casa, y lo que necesitaban para vivir en ella. Se organizaron en grupos para hacer diferentes tareas y pusieron manos a la obra. Mientras unos juntaban botellas plásticas que dejaban los turistas y la convertían en ladrillos, otros recolectaban cáscaras de maní para fabricar un material muy parecido a la madera. Los más fuertes trabajaban junto a Piero y a Pedro y el resto colaboraba en la preparación de los materiales y la decoración. El resultado fue una hermosísima vivienda donde cada cual tenía su lugar y que, además, había sido creada por todos y cuidando a la naturaleza.

Algunas semanas más tarde, en lo que parecía una perfecta tarde primaveral, Rodríguez, el puma, se dispuso a dar un paseo por su territorio. nada más lindo que vagar por sus inmensos bosques. Mientras disfrutaba del sol acariciando su lomo, de repente, divisó a lo lejos, en la montaña, entre los arbustos, a nuestros amigos, jugando y bailando por todo el lugar. – Mmm– pensó Rodríguez– ¡Que buena suerte he tenido, que espléndido desayuno me encontré!– Y antes de lo que canta un gallo, comenzó a correr hacia sus presas, imaginando ya su exquisito sabor.



Lucha la Lechuza, que ocupaba en ese momento el puesto de vigilancia en lo más alto de la casa, comenzó a gritar con fuerza – ¡Peligro compañeros, a sus posiciones!– Como si lo hubiesen ensayado mil veces, para sorpresa del hambriento puma, cada animal comenzó a hacer los movimientos más extraños que se hayan visto y, en un abrir y cerrar de ojos, se ocultaron y su vivienda quedó escondida entre el follaje.

Poco dispuesto a darse por vencido, Rodríguez siguió su marcha, caminando con paso firme, confiando en su olfato. Ni cuenta se dio cuando una de sus patas activó un sofisticado mecanismo de defensa y ¡Pum! el piso desapareció. ¡Pobre puma, tremendo golpe se dio al caer en el calabozo! La profundidad del pozo, el aterrador sonido de las vivoras yará rodeando su cuerpo y los muchos insectos que se movían entre sus patas empeoraban la situación – ¡Socorro, auxilio! ¡Mamita, querida!– lloraba desesperado el villano.

– Señor puma– dijo el loro barranquero con una temible voz ronca y profunda– vengo en son de paz para hacerle una oferta. Si usted promete, no volver jamás por estos lados, lo liberaremos y acá no ha pasado nada. Pero si vuelve, ya no tendremos piedad.

– ¡Lo ppppprometo señor, lo prometo! A partir de este momento me haré vegetariano, sólo ensaladas para mi, ¡solo ensaladas!

A la velocidad de la luz salió huyendo el puma y ni siquiera volteó para ver a la multitud que reía y festejaba su victoria. Fue así como gracias al trabajo y la astucia de todos los animalitos, pudieron vivir por siempre en el monte, en la hermosa casa que habían construido, felices y a salvo de las garras de su enemigo que nunca más asomó las narices por ese lugar.

A decorative border made of intricate, symmetrical floral and scrollwork patterns in a dark grey color, framing the central text. The border is composed of several ornate pieces that meet at the top, bottom, and sides, creating a circular frame around the text.

¿Sabías qué...?

En el Centro Experimental de la Vivienda Económica (CEVE), en Córdoba, estudian distintos materiales y formas para construir viviendas que sean durables y baratas. Además rescatan lo que las personas involucradas saben hacer e intentan responder a lo que ellos necesitan para trabajar y vivir. También tienen en cuenta la realidad local buscando soluciones a los problemas de acceso a terrenos, costos de construcción y cuestiones ambientales.

La Otra Cenicienta

Erased una vez, hace muchos, muchos años, una niña triste que vivía con su madrastra y sus dos horribles hijas, en una inmensa mansión. Al morir el padre de la pequeña, la viuda se dedicó a gastar todo el dinero de la familia en preparar a sus herederas para conseguir un matrimonio con alguien muy rico, que les permitiera mantener su estilo de vida; eso sí, sin trabajar. Mientras tanto, a la desgraciada huerfanita le tocaba dormir en una habitación húmeda y sin colchón, usar harapos y encargarse de todos los quehaceres del hogar sin chistar.

Tan miserable era su vida y tan precarias sus condiciones de existencia que andaba siempre sucia con las cenizas de la hoguera con la que se calentaba los huesos. El gris polvo que se pegaba a sus ropas, piel y cabello, no era más que el fiel reflejo del pesar de su alma. Justamente por esto sus crueles hermanastras la apodaban Cenicienta, que significa “color de ceniza”. Hacía tanto que la llamaban así que ya no recordaba su verdadero nombre y, al fin y al cabo, pensaba la doncella, le sentaba bastante bien.

Así transcurrían los años hasta que un día como cualquier otro la ciudad se vistió de fiesta y la alegría reinante se coló por las rendijas de las puertas y ventanas hasta llenar cada rincón del hogar. La atmósfera cambió incluso ese gesto adusto de las tres malvadas, cambiando su habitual cara de haber chupado un limón, por la de quien huele flores y ángeles. Es que el rey ofrecía una gran fiesta para presentar a su hijo en sociedad y conseguirle esposa.



¡Qué grandiosa oportunidad para concretar los planes de la madrastra! A decir verdad sus hijas no eran tan agradecidas como lo había sido ella, por lo que encontrarles un buen partido estaba tomando más tiempo de lo pensado y ya se estaban quedando sin fondos para costear la misión.

Como era de esperarse, no sólo se le prohibió a Cenicienta ir al baile sino que, además, tendría que trabajar triple para cumplir con sus obligaciones del hogar y los caprichos de las jovencitas. “¡Menuda tarea me asignaron! Transformar a estas orugas en bellas mariposas...





...Ojalá yo pudiera ir a esa fiesta y encontrar finalmente a mi príncipe azul". Y así, como un torbellino, una alocada idea cruzó por la mente de Cenicienta. "Tal vez, algo pueda hacer para ir a la fiesta y enamorar al príncipe sin que me descubran...". Inmediatamente desempolvó los libros de ciencia que había obtenido como única herencia de su padre, segura de que la física y la química podrían ayudarla a encontrar una solución.

Luego de semanas de arduo trabajo para la Cenicienta e histórica euforia para las hermanastras, llegó el tan esperado evento. Partieron entonces las jóvenes, tintineantes en sus trajes

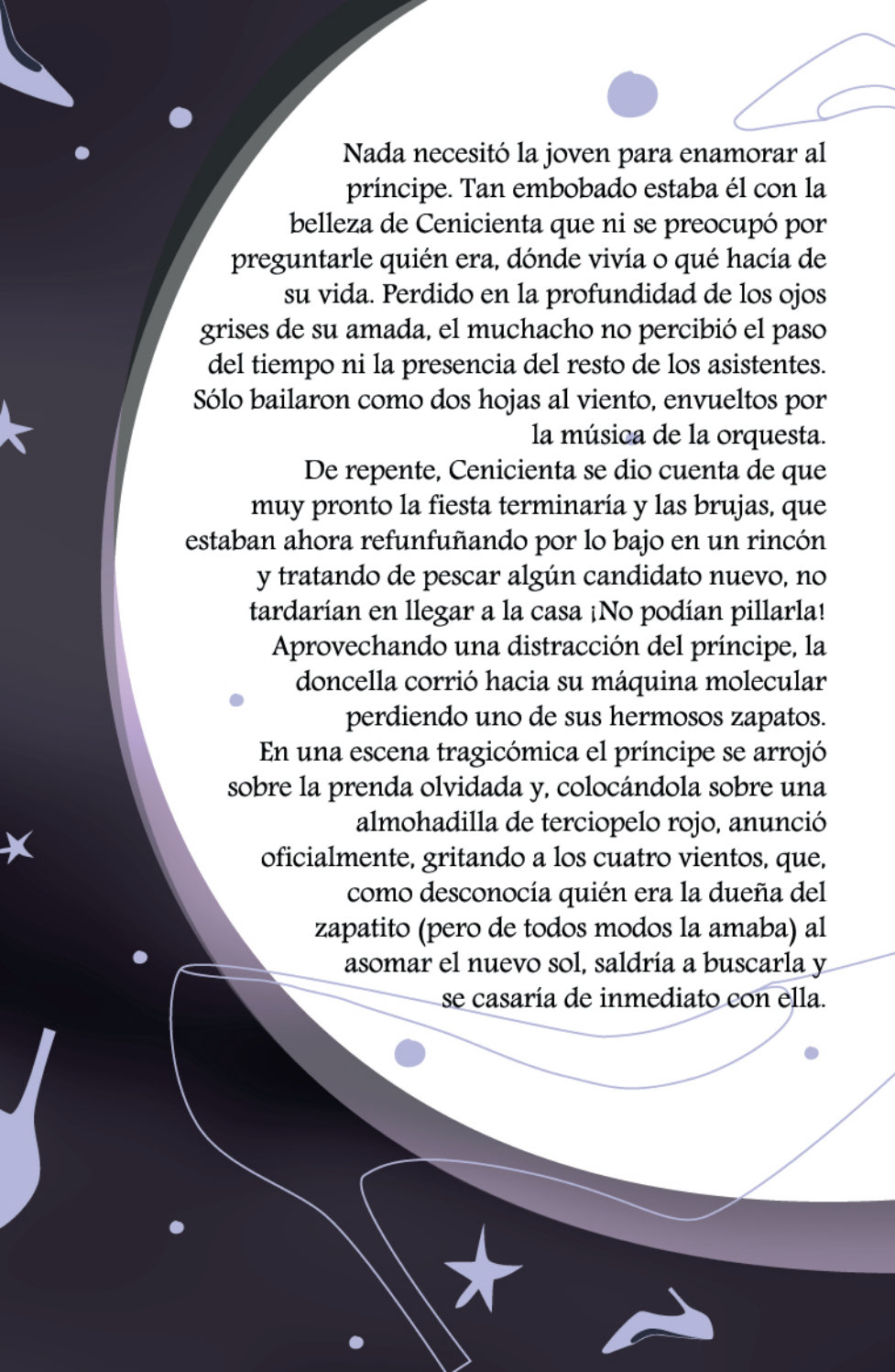
bordados y acompañadas por su madre que, por lo bajo, dictaba los pasos a seguir para una conquista segura. Cenicienta ocultaba su ansiedad tras la fachada de la triste y sumisa niña que no podrá asistir al baile. “¡Adios! Y cambiá esa cara que para que no nos extrañes te hemos dejado algo que limpiar en cada habitación”, dijo la bruja mayor. “¡Que te diviertas!”, reían las crueles hermanastras.

Ni bien hubieron las harpías cruzado el umbral, mujer de armas tomar, Cenicienta puso en marcha su plan. Mientras su madrastra y hermanastras estaban distraídas en los preparativos, la joven pudo ingeniárselas para trabajar todos los días en un invento distinto. Sólo necesitaba limpiar la casa en menos de cinco minutos, conseguir un atuendo apropiado y un transporte llamativo.

En un santiamén limpió los pisos con detergentes especiales que había inventado para que envolvieran la suciedad y el agua la sacara rodando en perlititas, sin refregar. Rápidamente sacó del baúl un perfecto y hermoso vestido que ella misma había hecho y cambiaba de colores ¡Qué orgullosa estaba Cenicienta de su tela super-mágica con nanopartículas que danzaban con la luz de las maneras más extrañas, creando efectos nunca antes vistos!

Finalmente, ninguna princesa podía llegar caminando, pero un carruaje de caballos le parecía demasiado obvio. Sentada en su máquina molecular, tan pequeña que parecía invisible, pero tan poderosa que podía llevarla a la fiesta en un abrir y cerrar de ojos, Cenicienta apareció en el palacio flotando en el aire, como volando. Los invitados quedaron boquiabiertos ante su presencia y la multitud se separó a su paso para no estorbar.





Nada necesitó la joven para enamorar al príncipe. Tan embobado estaba él con la belleza de Cenicienta que ni se preocupó por preguntarle quién era, dónde vivía o qué hacía de su vida. Perdido en la profundidad de los ojos grises de su amada, el muchacho no percibió el paso del tiempo ni la presencia del resto de los asistentes. Sólo bailaron como dos hojas al viento, envueltos por la música de la orquesta.

De repente, Cenicienta se dio cuenta de que muy pronto la fiesta terminaría y las brujas, que estaban ahora refunfuñando por lo bajo en un rincón y tratando de pescar algún candidato nuevo, no tardarían en llegar a la casa ¡No podían pillarla! Aprovechando una distracción del príncipe, la doncella corrió hacia su máquina molecular perdiendo uno de sus hermosos zapatos. En una escena tragicómica el príncipe se arrojó sobre la prenda olvidada y, colocándola sobre una almohadilla de terciopelo rojo, anunció oficialmente, gritando a los cuatro vientos, que, como desconocía quién era la dueña del zapatito (pero de todos modos la amaba) al asomar el nuevo sol, saldría a buscarla y se casaría de inmediato con ella.

Al día siguiente, luego de haber probado en más de cien pies incorrectos, finalmente, el príncipe y sus sirvientes se presentaron en la casa de Cenicienta. La primera en probarse el zapato fue la hermanastra mayor que, desilusionada, no pudo hacer encajar allí su horrible juanete. Llego entonces el turno de la otra hermanastra y, para sorpresa de muchos, al zapato calzó perfectamente en su deforme pie. Desconcertado el príncipe pensó que aunque no tenía la belleza que recordaba, cumpliría con lo que le había dictado en aquella fiesta su corazón y se casaría con ella.

Cenicienta, que miraba todo desde un rincón sin ser vista por nadie, de pronto entendió cómo fue que ese pie de medio metro había entrado en un zapatito número treinta y cinco. ¡de algún modo la madrastra había cambiado su zapato por el de su hija! Sin embargo, un presentimiento le decía que lo mejor que podía pasarle era que su hermanastra se casara con el príncipe y se fueran las tres de allí. Después de todo, el amor que ella quería no la hubiese confundido con esa horrenda persona. Claro quedó que lo único que le importaba al joven era la apariencia, por eso, en sus harapos, Cenicienta no existía para él.

Todavía estaba sumida en sus pensamientos cuando se le aproximó Juan, uno de los sirvientes del príncipe y le dijo “¡De la que te salvaste muchacha! Menos mal que no te reconoció, no te imaginas lo egoísta y caprichoso que es el futuro rey. De paso, creo que esto es tuyo, lo encontré tirado en el corral de los caballos en el palacio”, dijo acercándole su zapatito todo roto y sucio. El corazón de Cenicienta dio un vuelco y sus ojos miraron a los de él, incrédulos. Como respondiendo a la pregunta que ella no se atrevía a pronunciar,

él aclaró: “Te reconocería en cualquier parte, de cualquier manera. Aunque no estés cubierta de lujosos vestidos no hay manera de engañar a mi corazón.”

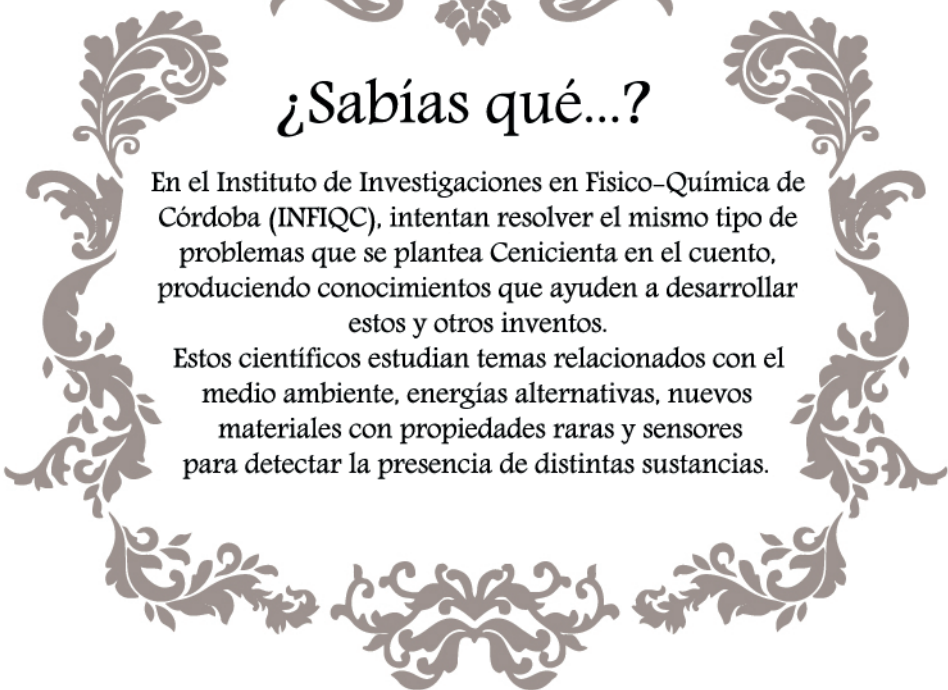
No hizo falta más para que ambos supieran lo que pasaba. Mientras la hermanastra se casaba con el superficial y egoísta príncipe, llevándose a sus secuaces a vivir al palacio, un amor de ensueños creció entre ellos. Cenicienta y Juan se enamoraron inmediatamente, se casaron, tuvieron dos hermosos niños que criaron en la casa donde nació Cenicienta y así conocieron la verdadera riqueza. Además, Juan dejó de servir al príncipe para ayudar a su esposa en su nueva fábrica de inventos, imaginando, vendiendo y regalando soluciones para todos los problemas existentes y por venir. Ah, sí, vivieron por siempre felices y comieron perdices.




¿Sabías qué...?

En el Instituto de Investigaciones en Físico-Química de Córdoba (INFIQC), intentan resolver el mismo tipo de problemas que se plantea Cenicienta en el cuento, produciendo conocimientos que ayuden a desarrollar estos y otros inventos.

Estos científicos estudian temas relacionados con el medio ambiente, energías alternativas, nuevos materiales con propiedades raras y sensores para detectar la presencia de distintas sustancias.



Capuchita Roja

 Había una vez una nena muy buena que vivía en las Sierras Grandes de Córdoba. Todos la conocían como Capuchita Roja porque siempre usaba un suéter rojo con capucha que le había tejido su abuelita. Era amiga de todos y adoraba conversar; le daba lo mismo si con gente, animales o plantas. Se decía, nadie sabe si en broma o en serio, que hablaba hasta con las piedras.

Un día su mamá le pidió que fuera a visitar a la abuela porque se había torcido un pie y le dolía tanto que no podía ni salir para hacer las compras. Para eso tenía que hacer una verdadera travesía: recorrer varios kilómetros y cruzar un pequeño bosque de tabaquillos. Capuchita dijo que sí inmediatamente ¡le encantaban las aventuras!

Al salir de la escuela partió velozmente en su bicicleta. Como si corriera una carrera contra mil liebres, pedaleaba con todas sus fuerzas, inclinada sobre el manubrio para cortar mejor el viento e ignorando los saludos de todos.

Ya en el bosque, de una cueva, salió algo parecido a un perro, pero más salvaje, y la saludó. A nosotros puede parecernos raro encontrarnos un bicho parlanchín, pero ella estaba acostumbrada.

- Hola Capuchita, ¿cómo estás?

- Bien... ¿quién sos? ¿Cómo me conoces? ¿Vos...

- Soy Roberto, el zorro colorado. He vivido aquí desde antes que nacieras y te he visto pasar cantidades de veces ¿A dónde vas?

- A la casa de mi abuelita. Lo que pasa es que ayer ella est...

- Ah, ¿tu abuela es esa señora taaaaaan regordeta que vive en la casita de piedra y barro?

- Esa misma. Todos la conocen porque debe estar acá desde antes que vos, tanto que decís, me conto que un d...



- ¿Y que llevas ahí?
- Un poco de lechuga, unos tomates, unas zanah...
- ¿Ninguna cartita? ¿Un ramito de flores?
- Tenés razón... no le llevo nada... Es que estuve muy oc...
- Bueno, andá por allá que está lleno de florcitas y le haces un ramo.
- Mmmm, no sé... La casa queda para el otro lado y mi mam...
- Como quieras, yo alargaría un poco el camino, y le daría una alegría a mi pobre abuelita. Pero... - dijo el zorro y se alejó mirando de reojo a Capuchita que se había quedado pensativa.



Envuelta por sus ideas, no pudo evitar asombrarse por los hermosos troncos de los tabaquillos. Parecían cubiertos de una seda lujosa, como los vestidos de las famosas. El marrón rojizo de sus ramas se iba convirtiendo en unas hojitas verde esmeralda que resaltaban entre los arbustos, los pastizales y el paisaje pedregoso. Subiendo las montañas las nubes formaban un cielo de algodón de azúcar y estaban tan bajas que parecía que se podía pellizcar un bocado. Siempre pasaba tan apurada que se olvidaba de lo mágico que era todo.

- Voy a juntar unas flores para mi abuelita y después vuelvo a mi camino corriendo- pensó. Recogió algunas de aquí y otras de más allá. Detrás de aquel arbusto descubrió un color que no tenía y algunos pasos más adelante unos plumeritos.

Mientras tanto, el zorro que se había quedado espíandola rió por lo bajo - ¡Jua, jua, jua! Convencí a esa mocosa boba. Ahora tendré que apurarme para llegar a la casa de la vieja, comérmela de un bocado y esperar mi postre: Capuchita Roja con chocolate ¡Jua, jua, jua!

Tan entusiasmada estaba la nena que no notó la velocidad con la que el sol fue caminando hacia las montañas, para recostarse hasta el día siguiente. De pronto se vio casi a oscuras, en un lugar que no conocía y sin saber cómo volver. Perdida y asustada se puso a llorar al lado del arroyo.

Una pareja de sapitos de achala que habían salido a recoger alimento y visitar a sus larvas que crecían en el agua se acercaron y, como no saben cantar, empezaron la charla sin más:

- ¿Qué te pasa?- dijo la sapita

- Contanos...- agregó el macho

- Es... es... es que mi mamá me pi... pidió que le lleve unas cosas a mi abbbue... abuelita y me distraje charlando con un



zorro, y después juntando flores y ¡¡¡ahora estoy perdidaaaaaaaaaaaa!!! ¡¡¡Buaaaahaaaa!!!

- Mmmmm, así que Roberto... No te preocupes, te vamos ayudar. Vos, sapita, quedate haciéndole compañía que yo voy a hablar con el resto- dijo el sapito que sospechaba la trampa que le estaba tendiendo ese viejo zorro.

Subió y subió hacia la cima rocosa, pasando los bosques y pastizales, llamando a todos los animales que encontraba a su paso y cuando ya estaban todos reunidos, dijo...

-Vecinos, sé que estamos acostumbrados a desconfiar unos de otros y a que cada uno viva por su cuenta, pero tenemos una situación que requiere de la ayuda de todos: hay una niña sola, perdida y llorando al costado del arroyo.

- ¿Y eso qué nos importa? ¡Que se las arregle como pueda! Lo único que me falta, asomar mi hermosa nariz respingada y que me agarre a palazos, ¡como pasa siempre!- dijo la yarára ñata molesta, enroscada y levantando su cabeza desde el centro

- ¡¡¡Sí, sí!!! ¡Eso es cierto!- gritaban todos juntos

-¿Por qué tenemos que socorrerla? ¡Con todo el mal que hacen las personas! A nuestros parientes los extinguieron hace años y ahora nos traen de nuevo para que los ayudemos a arreglar el lío que hicieron- dijo el guanaco escupiéndolo indignado

- Nos atrapan y nos llevan lejos de nuestras familias, y ¡a ustedes también Sapito! No sé qué bicho te picó- gritaba el lagartito de achala, que del miedo estaba perdiendo el verde estridente de su piel

- Talan arboles y traen otros de lugares extraños que chupan toda el agua y secan el suelo; abren caminos, vienen con el rally y destruyen todo. Traen truchas que se comen las larvas de los sapitos y los peces nativos. Matan serpientes, pájaros, zorros y pumas ¿Cuántos han desaparecido o están cerca de hacerlo? El

venado de las pampas, el choique, la vizcacha, la taruca, el lobito de río... Yo veo desde arriba como arruinan todo a su paso- concluyó el inmenso cóndor, despertando aplausos y lágrimas emocionadas.

- ¡Tranquilos! Esta niña parece buena y además... ha sido víctima de Roberto... ¿cuántas fechorías más debemos aguantarle? Ningún zorro antes ha perseguido humanos ni ha hecho tantas maldades al resto de los animales como él ¡Necesita una lección!

Atónitos, todos miraron al cóndor, que pensativamente se rascaba las plumas blancas del cuello. Justo cuando empezaban a impacientarse -la yarár parecía un caracol de tanto enroscarse, las loicas se picoteaban la cabeza entre sí, los sapitos de achala ya estaban aprendiendo a cantar- el ave empezó a hablar.

- En ese caso, creo que ninguno de nosotros podrá negarse, ¿verdad?- dijo abriendo sus alas y cubriéndolos a todos con un gran techo emplumado de tres metros de largo-. Además, no todos los humanos hacen daño; están los guardaparques e investigadores que nos ayudan a cuidar nuestro hogar y sobrevivir- Y el "¡sí!" de todos los animalitos recorrió la Pampa de Achala entera.

Mientras tanto, el zorro había llegado a la casa de la abuelita y pensando en la comilona que iba a darse... ¡Toc Toc!

- ¿Quién es?

- Soy yo abuelita, vengo a traerte unas cosas y a darte un besito- respondió el malvado, imitando la voz de Capuchita

¡Tremendo susto se llevó la mujer al ver ese bicho tan feroz listo para saltarle encima! Cuando mostró sus dientes y se dispuso a dar el zarpazo, la viejita agarró la escoba, lo golpeó y alcanzó a escapar rengueando. Estuvieron persiguiéndose,



saltando obstáculos y tirándose cosas, hasta que por fin la abuelita logró esconderse en un armario.

- Mmmm, ¿dónde se metió? Aunque pensándolo bien, no está nada mal esperar a Capuchita picando algo... mmm, ¡que delicia!-

De las tortas fritas pasó al pan casero con chicharrón, de ahí a un guiso, de eso a un flan con dulce de leche y así, arrasó con todo lo que tropezó.

En ese momento, el cóndor sobrevoló el lugar e hizo oír la señal de ataque al resto de sus compañeros. Rápidamente, todos entraron corriendo en la casa de la abuelita para atrapar infraganti al zorro, dando gritos de lucha, tarascones y patadas voladoras, pero en lugar de encontrarse con la bestia feroz que



esperaban, vieron a Roberto, tendido en la cama, con la panza llena y el corazón contento, durmiendo como un ángel. En cuestión de segundos y sin despertarlo pudieron atarlo para que no los atacara y convencieron a la abuela para que saliera de su escondite.

Cuando el zorro abrió los ojos se encontró rodeado por sus enemigos, con la cara pintada como indios guerreros y en posición de ataque.

- ¡Ay, me debo haber intoxicado y estoy alucinando!

- No Roberto, no son alucinaciones- dijo el lagartito de achala que, como un cocodrilo miniatura color verde loro, se levantaba inflando el pecho y alzando su bracitos en guardia karateca...



- Queremos pedirte que dejes de hacer maldades en el bosque o nos vamos a ver obligados a desterrarte- explicó el cóndor, imponente desde la puerta

- Pero ¿qué maldades? Yo sólo quiero comer... en este lugar cada vez hay menos presas, menos agua y lugares para asolearnos y descansar ¡¿Es que no lo ven?!

- Por supuesto que lo vemos, yo cada año tengo menos bebés por falta de lugares cálidos para calentarme y de comida para alimentarlos mientras crecen en mi pancita . Pero, encima, ¡vos vivís persiguiéndonos, no sólo para comernos, si no por puro gusto!- protestó la yará

- ¡Lo mismo con nosotros! No sólo debemos acostumbrarnos a estas tierras a las que nos devuelven los hombres un siglo después de habernos eliminado, sino que, además, tenemos que estar con cuatro ojos para que no te comas a nuestras crías. Y lo mismo con los pobres cuises...- se quejó el guanaco

- Claaaro... ¡Ahora soy el único malo de esta historia! ¿Y el puma que se come a mis cachorros y las de ustedes, los guanacos?, ¿La yará que desayuna con lagartos o ratones y muerde gente?, ¿Los sapos, lagartos y loicas que se alimentan de insectos?, ¿Las vacas que rompen el suelo, matan árboles y pisotean nidos? ¡¿Y los humanos?!...- se defendió Roberto


Todos comenzaron a mirarse entre avergonzados y desconfiados y cuando parecía que no había una solución posible, habló Capuchita.

- Tengo una idea, qué les parece si yo convenzo a todos los vecinos del pueblo para que juntos veamos cómo podemos recuperar el equilibrio perdido; cómo podemos hacer para que a nadie le falte el alimento y el hogar. Estoy segura que si les contamos sus sufrimientos todos van a estar de acuerdo en que

esto no puede seguir así. Y vos, Roberto, junto con el cóndor, pueden vigilar y contarnos si ven algún problema. ¿Qué les parece?

¡Qué alegría despertó la propuesta! Tanto así que todos salieron a juntar frutas y flores, mientras la abuelita preparaba unas exquisitas comidas, para festejar el hermoso futuro que les esperaba. Y fue así, como desde aquel día, en la Pampa de Achala, en las Sierras Grandes de Córdoba, todas las criaturas, hombres y animales, vivieron felices y en armonía por siempre.





¿Sabías qué...?

En el Instituto de Diversidad y Ecología Animal (IDEA), en Córdoba, estudian las características y los comportamientos de los animales en distintos ecosistemas, así como sus interrelaciones. Además investigan las diferentes consecuencias del accionar de los humanos, tanto positivos como negativos, teniendo siempre como objetivo contribuir, a través del conocimiento, a la conservación y restauración del equilibrio entre los seres vivos en dichos ecosistemas.

Sobre los Autores

Mariela López Cordero es Comunicadora Social y está realizando su tesis de Especialización en Comunicación Pública de la Ciencia, en la Universidad Nacional de Córdoba. Formó parte del grupo Tacurú Teatro, en el ciclo de teatro científico “Hormigas al Poder” y se desempeña como comunicadora de contenidos científicos en el área de Relaciones Institucionales del CCT – CONICET Córdoba.

Jeremías E. Di Pietro es ilustrador y artista plástico. Además está realizando su tesis de licenciatura en Diseño Gráfico y trabaja en un proyecto de investigación en torno al papel de las ilustraciones en la literatura infantil. Actualmente forma parte del grupo de editores de la revista literaria “Caja Muda” y se desempeña como diseñador gráfico del CCT – CONICET Córdoba.

